

*Ebrio del horizonte* de Bernard Sesé

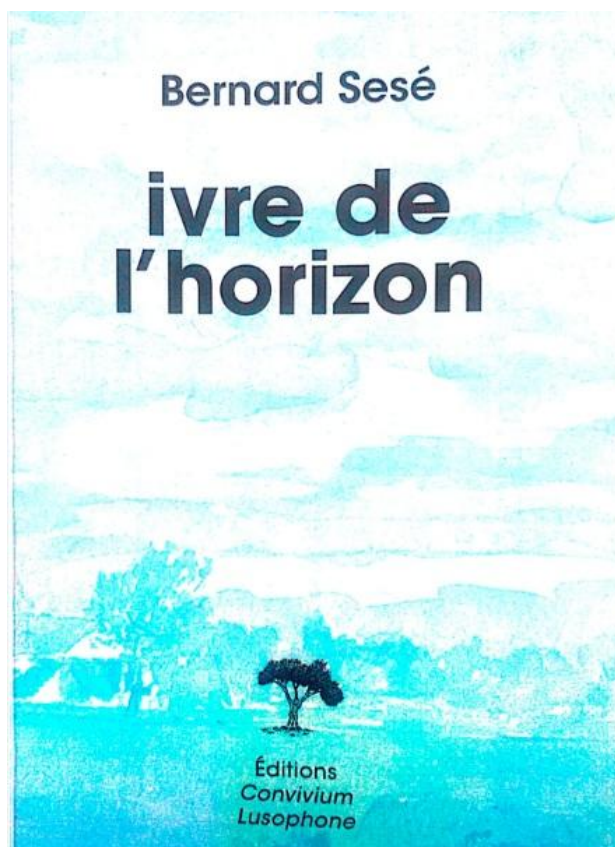
Alberto Torés García

*Ivre de l'horizon*

Bernard Sesé

Ediciones Convivium Lusophone, Francia, 2013

La poesía de Bernard Sesé plantea la certeza de crear nuevos mundos o expresar emociones que no entran siempre en la esfera de lo tangible, acaso de lo comprobable. *Ivre de l'horizon* (*Ebrio del Horizonte*) es un canto memorable que



busca un acercamiento a lo absoluto, a lo universal pero con una atracción tan sensual como pura por lo secreto, lo inmaterial, lo etéreo.

La palabra poética aquí es un perfecto ejercicio de meditación soñada entre el lenguaje y el significado, entre el peso histórico de las palabras y toda su carga simbólica. En este nuevo poemario se rescatan las raíces del poeta, una infancia que se refuerza por cuadros pintados por la pintora Berthe Monnet, madre del poeta. En gran medida, la contundencia del sigilo de la poesía que apreciábamos en su poemario

*Poética de lo arcano*, se ratifica de lleno en esta nueva entrega. Ciertamente que la condición de poeta viene marcada por su devoción y amor a la literatura como especialista y sin duda como hispanista esencial. Las huellas de San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez se dejan entrever en esa necesidad de iluminar la realidad a través de la palabra.

Una poesía que indaga en lo secreto, para hacer accesible lo que está más allá del propio conocimiento. Sesé le otorga una dimensión extraordinaria a la poesía. Efectivamente, la sugerencia, la sutileza, la precisión en los matices, la esencialización de la palabra que se concibe como un acto de inteligencia que combina la inspiración en fuentes clásicas y la singularidad emocional, que nos permite acercarnos y apresar un verso de gran pureza, sin estridencias ni adornos artificiales.

A mi humilde parecer, en una suerte de ordenación poética del secreto, Bernard Sesé es promotor de una poética de la caballerosidad en todas las acepciones del término, que plantea su escritura poética en torno a la búsqueda de un lugar y de una presencia, o si se quiere, en guardar ese secreto y desvelarlo en espacios de líneas donde la exactitud es surtidora de belleza, donde los fuegos y los sueños se combinan por igual en franca correspondencia con la luz y la plegaria, lo diáfano y lo sublime, la geometría y el mito - absolutamente significativos en la estructura poética-, como un relato que pudiese ser materia del ámbito divino, que en los versos del poeta, se amplía hacia la constatación de lo universal, hacia ese horizonte embriagador que borra fijaciones en el pasado o avances hacia el futuro. Sesé poetiza en presente.

Desde el poema inicial “Le regard” (“La mirada”) *Le regard/incrusté d'étoiles/minuscules/où la trace d'une ombre/ se laisse deviner / (La mirada/cubierta de estrellas diminutas/dónde la huella de una sombra/se deja adivinar)* (hasta el poema final “L'alouette” (“La alondra”): *Deux secrets/emportés,/chacun par leur élan,/vers le mât du soleil,/destin de l'absolu./Un même éclat/ilumine, soudain,/ l'immense abîme/ (dos secretos/empujados/los dos por su impulso/hacia el mástil del sol,/destino de lo absoluto./Un mismo resplandor/de pronto ilumina/el inmenso abismo)*

Las tinieblas siempre tendrás una correspondencia en un rayo de sol pretérito, acaso futuro, pero a ciencia cierta, en el presente y en su reflejo, el presente y su escondrijo, el presente y sus secretos, el presente y sus revelaciones.

A los momentos de cenit, al apoteosis, le valdrán unos gestos puros, unas pinceladas de huellas o piedras erosionadas. También reformulara los arquetipos animales (con los pájaros a la cabeza) y vegetales (los árboles van configurando un nuevo panorama lírico) en soledades arcaicas, en imágenes donde las formas geométricas y el color desempeñan un papel capital, como un perpetuo recordar de los orígenes, una gran logia que insistiera en las significaciones y en los rastros de la tradición, en los valores culturales, filosóficos, religiosos y lógicamente literarios, en fórmulas de palpitos, en musicalidad impresa. Poemas como “Le corbeau”, “L'oiseau blessé” o “L'alouette” (“El cuervo”, “El pájaro herido” o “La alondra” son buena muestra de ello. Arcadio Pardo, un extraordinario poeta, editor, profesor y crítico español afincado en Francia, prologa magistralmente este impecable poemario de Bernard Sesé. Con acierto, señala que los poemas de

Reflets

63



*Ilustración de Ivre de l'horizon*

Sesé adoptan formas métricas de arte menor, con la salvedad de algunas composiciones alejandrinas. Esos versos cortos alternados con otros versos formados de dos, tres o cuatro sílabas, contribuyen a crear una atmósfera de intimidad, de palabra en voz baja, de murmullo. Es de igual modo, el particular tributo del poeta a toda esa tradición de poesía mística. De hecho, en el poema “Fable” /”Fábula”, retoma los ecos de la composición de San Juan de la Cruz “La noche oscura” e incorpora incluso un verso para que no haya duda, para que el secreto se desvele en noche oscura: *¡oh noche amable más que el alborada! / O nuit aimable/plus que l’aube.*

Bernard Sesé desborda cualquier expectativa en culta sensibilidad, en íntima armonía y vitales fuentes tan concluyentes como sugerentes. La palabra poética se puede encontrar en cualquier horizonte ebrio o sereno, y por ello, acertadamente Arcadio Pardo recoge otro aspecto relevante de la poesía de Sesé. Las palabras pueden estar envenenadas, ser pérfidas, estar vivas o muertas, bendecidas, heridas o quemadas, pueden volar o rebotar en el espacio, pueden anidarse en el silencio o sobre piedras, por ello, Pardo considera que el poeta francés en su cohabitación con las palabras no ofrece siempre una experiencia apacible, recreándose en el placer de los sonidos, sino que la relación con la palabra puede resultar inquietante, incluso angustiosa como en el poema “Lexique erratique” /”Léxico errático”. No obstante, la mayoría de las veces, la palabra es portadora de significados radiantes. Si se quiere, podría verse como una constante afectiva que enlaza alabanza y lamento para dar mayor fuerza si cabe a la imagen, la metáfora, incluso la paradoja.

Los versos de Bernard Sesé ofrecen una mezcla de pasión y técnica visiblemente exigible en poesía, pero además, nos brinda un forma natural que rechaza la quimera y se centra en una metáfora seductora y cercana de lo aparente. Si la infancia es la patria del escritor, en el caso que nos ocupa, la verdadera estirpe es la medida, si acaso el infinito, que podemos aprender a conocer con esta escritura, antídoto del disparate continuo, que toma hechuras a los engaños del lenguaje en la inquieta contemplación del agua o del rumor, que discierne de lo posible a lo imposible, de lo particular a lo universal, que integra los disimulos, confesiones y nombres ocultos en la levedad de un aliento, y que experimenta en una circularidad manifiesta aunque casi velada, que halla una intersección de punto muerto donde todo se funde y hay que volver a empezar.